

# Educación con hache **ELMUNDO**

DURANTE la mili, mientras nos hacíamos hombres, no tardábamos en tropezar con una figura del folclore que creíamos extinguida: el analfabeto. Resulta que en los 80 en España quedaban aún analfabetos, chavales de campo que nunca fueron a la escuela y que se aver-

ra qué quieren aprender a leer, si yo sé y no leo?».

Habría que buscar a este hombre inmediatamente y nombrarlo *consigliere* de Esperanza Aguirre porque en su razonamiento cuartelero cabe no sólo el futuro programa educativo del PP sino también dos décadas de progresiva *analfabetización* en que los dos partidos mayoritarios han ido despoblando las aulas y abarrotando los platós de Telecinco, repartiendo orejas de burro en lugar de diplomas. En efecto, ¿para qué querrán nuestros jóvenes aprender a leer si en este país no lee nadie y escribe cualquiera? ¿Para qué iban a querer cargar a cuestras con el arduo fardo de una cultura, si está demostrado que, cuanto más cebollo y más ignorante sea uno, mejor le irá en la vida? Los ejemplos son innumerables y ambivalentes: van de Jesús Gil al *Pocero*, de aquel jefazo de la Guardia Civil titulado en los mejores burdeles hasta esa asesora de cultura del Ayuntamiento de Madrid que presentó el currículum en lencería fina.

Hoy, gracias al desvelo de nuestros políticos, ya se ha vencido aquel prurito de pudor que tanto escocía a los analfabetos. Hoy los analfabetos van por ahí contentísimos con haber hecho y deshecho un país a golpe de ladrillo, orgullosos de que algunos compañeros de camada hayan llegado tan alto como para rebuznar en ministerios y consejerías. No hay que olvidar que todo un presidente hablaba inglés con acento de Oso Yogui y que otro todavía sigue pensando que el francés es un idioma. Por eso es mejor gastar el dinero público en carteles de autobombo en lugar de en material escolar, en papeleras que en profesores. La señora Aguirre, que escribe sin acentos por culpa del *Wordperfect*, no hace más que expresar la nostalgia por aquel imperio que forjaron un puñado de iletrados, cuando en España leían si acaso dos o tres señoritos y el resto destripábamos terrones. Habrá que ver si el libro de Rajoy lo ha escrito en realidad Ana Rosa Quintana.



A DIESTRA  
Y SINIESTRA

DAVID TORRES

gonzaban de ello. Algunos nos ofrecimos para enseñarles a leer y a escribir, aprovechando las aulas libres y las tardes de recreo, y con la esperanza de que aquellos chavales aprendieran algo más útil que destripar terrones. En general, los mandos nunca pusieron pegas salvo este inconveniente genial que pronunció un sargento rascándose la calva: «¿Y pa-